

NOCHES DE SOL

(Laponia)

TEXTO Y FOTOS: Vicente PLÉDEL y Marian OCAÑA.

(Entradilla)

Noruega, cuna de vikingos y "patria" de los fiordos de origen glacial, es una continua invitación para fundirse con la naturaleza. Es un impactante avance entre escarpados acantilados, valles de hielo y bosques encantados hasta llegar a la impresionante tundra del norte: Laponia.

NOCHES DE SOL

(Laponia)

TEXTO Y FOTOS: Vicente PLÉDEL y Marian OCAÑA.

El particular encanto de la naturaleza noruega nos acompañará día tras día en nuestro camino hacia el territorio lapón. Pero mientras nos dirigimos hacia ese especial objetivo el entorno que nos rodea nos hace recapacitar sobre esta curiosa climatología de tan sólo dos estaciones: el crudo invierno y el luminoso verano. Durante los meses fríos, un sol crepuscular ilumina el territorio del sur durante unas pocas horas diarias hasta llegar a la noche constante a medida que se avanza hacia el norte. La larga noche polar dura cerca de 3 meses y tan sólo el manto rasgado de las fascinantes auroras boreales aportará un poco de iluminación.

Pero es verano y el sol ha recuperado su lugar, ya se ha iniciado la estación de la luz. Sus días son interminables y el sol apenas se debilita durante las horas nocturnas. Durante casi 6 semanas, el sol, como una esfera en llamas, acaricia el horizonte sin desaparecer nunca, ni siquiera a medianoche. Y aún conociendo este fenómeno, no nos deja de impresionar "noche tras noche" cuando nos disponemos a acostarnos " a plena luz del día" con un hermoso sol nocturno.

MITOLOGÍA Y CRISTIANISMO

El inicio es suave, estamos en el sur de Noruega. Avanzamos surcando verdes y profundos valles donde vamos descubriendo pequeños pueblos de aspecto tradicional, con los tejados de sus casas cubiertos de tierra, sobre los cuales crece la hierba, arbustos... y en ocasiones hasta árboles.

Perdidos entre paisajes de cuentos de hadas o en el corazón de esos pequeños pueblos nos encontramos con las bellas e inconfundibles iglesias nórdicas, las "Stavkirker". Son el testimonio más significativo y original de los numerosos contactos entre los vikingos y el mundo oriental y latino. Originalmente dedicadas a los ritos paganos fueron transformándose en templos cristianos y esa transición se trasladó a la decoración de los portales, constituyendo una síntesis singular entre los mitos nórdicos, la cultura celta, la herencia latina y los símbolos de la tradición cristiana. Los santos cristianos -con barbas y físico nórdico- recuerdan sospechosamente a los antiguos dioses guerreros de las ancestrales sagas vikingas y las

representaciones de la biblia se ven entrelazadas y coronadas por dragones, arpías y todos tipo de animales mitológicos, idénticos a la decoración de filigrana con la que decoraban los temibles drakar. En el hechizante paisaje noruego, estas iglesias conservan su enigmático encanto, que siempre recordaran horizontes y civilizaciones lejanas.

La carretera sigue serpenteando entre lagos y montañas, desde las altas cimas, las cascadas y torrentes se abren paso entre las rocas, las aguas avanzan demoledoras e imparables hasta que algún río logra domarlas y canalizarlas. A intervalos aparecen solitarios pescadores, tras las aguas que discurren perezosamente surgen los ansiados torbellinos, atormentados rápidos donde suelen conseguir importantes y succulentas piezas.

LOS TENTÁCULOS DEL MAR

Pero el gran espectáculo de la naturaleza lo han proporcionado desde siempre sus inigualables fiordos. Es como estar en el centro de un gigantesco escenario sobrenatural. Los bosques y cabañas que nos van escoltando en nuestro avance nos sumerge en el entorno del "Señor de los Anillos", como si estuviéramos inmersos en una atmósfera de leyendas insólitas y que en cualquier momento pudiera aparecer un troll o cualquier otro personaje de la literatura fantástica.

Los tentáculos del mar han logrado, después de siglos de erosión, penetrar en la tierra a través de altísimas y desafiantes montañas. El paisaje de estos fiordos es abrupto, con enormes despeñaderos grises que caen en vertical sobre el mar, engullido a su vez entre las sinuosidades de los fiordos y atrapado entre los inaccesibles muros de piedra. A sus pies se agrupan pequeñas aldeas de pescadores que como medio de participar en su colorida naturaleza han tomado el hábito de pintar sus hogares y sus barcos de vivos colores. No es nada extraño encontrarse en ese privilegiado decorado con artistas de todo el mundo, que han trasladado su residencia a estos lugares recónditos, rebosantes de espiritualidad, para ejercer su talento artístico. Los miles de kilómetros de costa están replegados en un intrincado recorrido de bahías y fiordos, que albergan más de 150.000 islas. Esta desgarrada costa hechas jirones profundos por el embite del mar complica el avance y a pesar de los puntualísimos ferries que unen todos los puntos imaginables, decidimos introducirnos tierra adentro. El altímetro del Montero nos indica una suave ascensión pero mucho más rápido que la aguja indicadora, una gélida brisa se va adueñando de la atmósfera. En cuestión de minutos pasamos de una temperatura primaveral a un frío intenso y desagradable, los lagos aparecen helados y las ruedas derrapan sobre unas pistas de patinaje que hace unos instantes llamábamos carretera. El puerto hacia Laerdal está tan sólo a 1.280 m de altitud pero su franqueo lo hacemos a través de un pasillo de nieve y hielo con paredes de hasta más de 3 metros de altura. Si ahora nos encontráramos a 10 de Julio... ¿qué ocurrirá en invierno?.

El recorrido, por lo insólito y sorprendente, merece la pena y dos horas más tarde, de nuevo al nivel del mar, volvemos a reunirnos con el "verano" en Laerdal.

LAS ISLAS PROTECTORAS

Día tras día es el reloj el que nos indica la hora de dormir puesto que el sol se niega a cubrir el paisaje con su oscuro manto nocturno.

Acampadas junto a los fiordos, en el corazón de los bosques o frente a seductores escenarios de corrientes de agua que discurren entre las rocas, se convierten en nuestro habituales compañeros de sueños en la mayoría de nuestras soleadas noches.

Un curioso monolito y una serie de hitos nos señalan sin lugar a dudas que cruzamos el Círculo Polar Ártico, pero como fruto de un encantamiento maligno, un insoportable frío acompañado de una viento glacial, hace casi inaguantable estar fuera del coche. La climatología nórdica juega caprichosamente con la humanidad en estas latitudes y a tan sólo 20 kilómetros al norte de este gélido enclave ya nos encontramos de nuevo en mangas de camisa.

Volvemos a recorrer la costa y cientos de pájaros eclipsan el sol, son los habitantes de los abundantes islotes que brotan como náufragos en el mar. A nuestro alrededor, tapices de vegetación casi lujuriosa siempre aparecen acariciados por el viento y el mar, siempre el mar, que azotando las costas moldea tenazmente su entorno.

Las perlas de todas las islas noruegas se hallan en los archipiélagos Vesteralen y Lofoten. Se nos presentan como una sorprendente cadena de montañas salidas del mar, como unas inmensas fauces cuyos caninos emergen de entre las aguas.

A los pies de esta insuperable muralla cortada a pico sobre el mar hormigean los barcos pesqueros, cuya pesca en estas aguas representa más de la mitad del total del pescado de Noruega.

Al final de la estación, cada poblado celebra una fiesta, y son los únicos días completamente felices, porque el mar nunca da nada por nada y demasiado a menudo, en la furia de la tempestad hombres y barcos desaparecen para siempre.

EL CAMELLO DE LAS NIEVES

Cuando de nuevo nos situamos en la Noruega continental ya estamos listos para alcanzar el objetivo último de nuestro viaje: Laponia. Su territorio ofrece un paisaje de contrastes, una costa abrupta repleta de fiordos y un interior conformado por la infinita tundra. Esa amplia extensión cubierta por una alfombra de musgo posee un invierno de violentas tempestades de nieve y temperaturas polares de hasta 50⁰ bajo cero pero en verano la luz del sol

no abandona nunca el territorio, haciendo estallar la vitalidad de la naturaleza... y liberando nubes de mosquitos.

En la tundra lapona es donde empleamos nuestro Montero a fondo, los espacios abiertos nos brindan infinitas posibilidades. Las recientes lluvias han embarrado muchas pistas pero lo realmente peligrosos son las temibles "tollas", que bajo una aparente, inofensiva y compacta capa de hierba o musgo ocultan zonas pantanosas, barrizales infranqueables o temibles rocas que no perdonan los bajos del coche. La conducción prudente no impide que nos quedemos bloqueados pero sí que nos empancemos. Ramas y arbustos bajo las ruedas, un suave balanceo de avance y retroceso y una progresiva pero enérgica marcha atrás finalmente nos rescata siempre de estas difíciles circunstancias.

Cruzarnos con las manadas de renos es algo habitual, como cada año se concentran en esta zona del territorio lapón, en un perpetuo peregrinar en busca de alimento.

Este animal es el único cérvido domesticado por el hombre y representan para este pueblo lo que el camello para la gente del desierto: la supervivencia. Cada una de las partes del reno es aprovechable. Es posible comer su carne, cubrirse con la piel, fabricar utensilios con los cuernos y los huesos, hacer cuerda con los tendones y utilizar las heces como combustible. Los animales vivos producen una leche altamente concentrada y su fortaleza resuelve los problemas del transporte de carga.

Pero el constante movimiento migratorio de los renos que contemplamos no sólo es provocado por su búsqueda de alimento, también huyen de la hordas insaciables y virulentas de mosquitos y moscas parasitarias que son capaces de acabar en cuestión de minutos con los más débiles, experimentando un gran suplicio durante su migración hacia la costa, donde se encontrarán con el resto de la manada y engendrarán la próxima generación.

Su necesidad de alimentarse les permitirá aguantar el tormento de los mosquitos hasta alcanzar la costa, donde las brisas más frías ahuyentarán a los voraces insectos. Pero en el interior nadie está a salvo de esas nubes negras, ni siquiera el hombre con sus sofisticados productos repelentes de insectos. Nosotros mismos sufrimos la penitencia por menospreciar el poder de estos minúsculos animalitos. El primer día nos aplicamos repelente de insectos en todas las partes del cuerpo expuestas al aire y aunque molestos por su continuo revolotear ninguno se posa ni en la cara ni en las manos. La desagradable sorpresa llegó por la mañana cuando observamos nuestros cuerpos totalmente cubiertos de hinchazones y burbujas rojas. Los "bichoschupasangre" se han colado por los bajos del pantalón vaquero y por entre los botones de la camisa ... estando a sus anchas disfrutando de un buffet libre de sangre humana. Los mordiscos de mosquitos -pues a eso no se le puede llamar picaduras- carecen de importancia pero las moscas parasitarias y toda una variopinta fauna con aguijones nos han dejado el cuerpo con tales señales que dos meses después todavía se distinguen las marcas de las postillas que

nos han dejado de recuerdo estos despiadados insectos.

TERRITORIO "SAMI"

Abandonando los espacios abiertos de la tundra y dirigiéndonos hacia Korasjoh -capital de la Laponia noruega- empezamos a tomar contacto con el pueblo lapón: los "sami".

Es un curioso pueblo, llegados desde el norte y establecidos en el remoto norte de Escandinavia, vivieron siempre al margen de la civilización vikinga y conservan, a lo largo de los siglos, su cultura nómada, sus tradiciones y su lengua de origen asiático. Pero los lapones no sólo se encuentran en esta región noruega. Resulta difícil establecer la extensión y los límites de Laponia pues, como indica su nombre, más que una región es la "tierra habitada por los lapones", políticamente divididos en Noruega, Suecia, Finlandia y la ex-URSS. En sus movimientos migratorios entre estos cuatro países tuvieron los mismos problemas que los tuaregs en Africa.

Los grupos sedentarios, dedicados a la caza y pesca, viven en cabañas cubiertas de cortezas, ramas y troncos. Mientras que los nómadas, dedicados al pastoreo, viven en cabañas cónicas que se pueden desmontar y transportar, para desplazarse detrás de las manadas de renos. Su estructura de sostén está hecha de troncos de árbol y por lo general revestido con pieles de reno.

En nuestro recorrido por la ruta lapona, comprobamos que los lapones actuales se han convertido casi por completos en sedentarios y en la costa ya están totalmente absorbidos por la civilización occidental con sus modernas casas y confortables caravanas. Pero en el interior continúan siendo fieles a la cría del reno, siguen luciendo sus típicos trajes en las tradicionales celebraciones y poseen una artesanía en madera y productos del reno de envidiable belleza.

LOS LÍMITES DEL CONTINENTE

El objetivo último de nuestro viaje ya se encuentra muy cerca. Una corta y agradable travesía en un confortable ferry nos desembarca en la isla Mageroya, donde se halla el límite extremo del viejo continente europeo extendido hacia el horizonte polar: el Cabo Norte. Esta pequeña isla prácticamente desarbolada posee suaves colinas, pequeños lagos, zonas de nieves eternas, estrechos fiordos en su accidentada costa y una concentración de más de 5.000 renos que deambulan por doquier durante esta época del año. En los escasos pequeños pueblos las casas lucen sus galas con vivaces colores, se respira paz y tranquilidad y en sus pequeños puertos pesqueros la madera de sus barcos chirría suavemente balanceados por las frías aguas marinas.

El excesivo deambular de visitantes y la comercialización turística a precios de espanto

para el simple acceso a la plataforma hormigonada "Cabo Norte" hace que nos adentremos a pie, bordeando la costa, hasta un hermoso y solitario fiordo desde donde admiramos el último sol de medianoche sobre el mar. El rielar del sol sobre las aguas tiñe de naranja las ennegrecidas rocas, como si el ciclo de vida se regenerase de la nada. A las 12 en punto alcanza su punto más cercano al mar y tras un leve paseo por el horizonte parece desperezarse e inicia su suave ascensión. Pero incluso cuando las nubes quieren robar protagonismo al sol provocan un impresionante espectáculo de luces y sombras jugueteando con todo tipo de figuras. Es una grandiosa obra de teatro donde la madre naturaleza aporta el escenario y unos actores insuperables.

Y así llegamos al acto final de un largo itinerario por el país de vikingos y lapones, unas tierras que al estar tan expuestas a los elementos ha sido preservada de la agitación de los hombres y produce un acercamiento que alimenta nuestros sueños y nuestra imaginación por la pureza y la paz que desprenden sus paisajes.

Desde ellas emprendemos el camino de vuelta a casa, hacia el cálido y agitado sur.